



El viaje en la geografía moderna

Pilar Paneque Salgado y Juan Francisco Ojeda Rivera
(Editores)

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A

La utilización de la literatura de viajes en la indagación geográfica: aportaciones españolas sobre el Marruecos colonial

Rosa Cerarols Ramírez

Universidad Autónoma de Barcelona

1. Significaciones geográficas e históricas de la literatura de viajes

1.1. Viaje y geografía

El viaje o el viajar es una práctica genuinamente geográfica porque su se trata de un desplazamiento espacial. A menudo se ha diferenciado del acto de moverse ya que el viaje implica desplazarse más allá del espacio cotidiano. Asimismo, la práctica del viaje ha sido una actividad constitutiva de la cultura (Turri, 1984): siempre se ha viajado y se viajará. Cabe considerar el viaje, pues, como una práctica que genera de forma inherente conocimiento geográfico y configura identidades culturales¹. De ese modo, «el viaje es una forma de la cultura con una lógica interna que ha permitido que a lo largo de los siglos se haya utilizado como modelo de representación y se le hayan atribuido diferentes razones, objetivos y destinos para su realización» (Almarcegui, 2007: 201).

Si hacemos una abstracción contextual de dicha práctica vemos como cada viaje queda íntimamente ligado con la cultura y con la sociedad de quien lo realiza. En este sentido, «el hombre occidental y mediterráneo en particular, organiza su vida social, el pensar, el discurrir vital y sus actos a través del *libro*, *libro de los libros*, ya sea, la *Torá*, la *Biblia* y el *Corán*» (García-Romeral, 2004: 9). García-Romeral asocia la cultura con la religión, a la vez que diferencia claramente entre el viaje bíblico (que confiere al viajero una transmutación interior), del no bíblico, que «tiene que ver con el conocimiento intelectual y la exploración del medio geográfico, y por ende de la transformación

¹ Las revisiones actuales que hacen referencia a las concepciones tradicionales del desplazamiento y del viaje enuncian un *mobility turn* que se cuestiona los preceptos sedentarios de las sociedades y de las culturas (Hannam et al, 2006). Sin embargo, en el contexto histórico de esta investigación, el viaje realmente es una alteración de la cotidianidad (Turri, 1984).

interior del individuo mediante la búsqueda de realidades diferentes a las ya conocidas» (García-Romeral, 2004: 9).

El viaje que se realiza como «alteración» de la cotidianidad, como reto al mundo, siempre se convierte en un acto singular y como tal es narrado. En palabras de Turri, «si viaggia per narrare, per tenere alimentata la cultura» (Turri, 1984: 60). Así, el viaje que desafía lo que es desconocido se transforma en la fuente principal de narración humana (Adam, 1983; González Alcantud, 1993, Pimentel, 2003) y en la estrategia utilizada para contar tanto la mitología (viajes imaginarios) como la historia (viajes materiales y físicos). Así, «el viajero, el explorador, el descubridor... son buscadores de espacios abiertos para transliterarlos a espacios cerrados que una vez interpretados por el lector recuperan su forma original matizados por la subjetividad» (García-Romeral, 2004: 9).

En cualquier caso, viajar implica una transformación de la subjetividad y de la visión de los lugares recorridos así como del lugar de origen. Esta transformación siempre se llevará a cabo a partir de la «interacción» con la alteridad y construyéndose siempre desde la diferencia. La idea fundamental, pues, es que viajando se hace geografía. Narrándolo, se dan a conocer diferentes conocimientos geográficos y se consolidan diferentes imaginarios en relación a los otros territorios y respeto a la cultura propia de cada individuo/sociedad.

1.2. Literatura de viajes: la narrativa de divulgación geográfica

La literatura de viajes es un género híbrido entre la documentación y la creación literaria que con el paso del tiempo se ha ido cruzando con diferentes tipologías de narrativa (Nucera, 2002) pero que ha mantenido ciertas convenciones y características propias como el arraigo a una experiencia real (no ficticia) narrada en una progresión que incluye la salida, el desplazamiento, el tránsito y el retorno (Fortunati et al., 2001). De ese modo, las narrativas que dejan constancia de los desplazamientos muestran de forma clara las ideas y los imaginarios de la época a la que pertenecen (Almarcegui, 2007).

Al mismo tiempo, uno de los elementos más característicos de los relatos de viaje es su alto grado de ideologización (Paradela, 2005) que se produce justamente porque existe un interlocutor constante que no es sólo lo otro, sino también lo que es propio, personal o nacional. Así pues, hay que concebir este tipo de narración como una «literatura

de diálogo» (Paradela, 2005), en el sentido que involucra un «aquí» y un «allá», un «adentro» y un «afuera» que pone de relación ámbitos diferentes y dos sujetos diferentes: el yo/nosotros en contraposición (la mayoría de veces) con el Otro.

Además, la dirección del mensaje que se transmite es unidireccional: el destinatario principal es la comunidad de la cual forma parte quien escribe/viaja (que siempre queda reflejada e identificada). Nieves Paradela lo concreta a través del efecto boomerang: «se sale para descubrir o conocer gentes y situaciones nuevas, pero lo que se pretende, casi siempre, es autodescubrirse y reconocerse en lo que es diferente» (Paradela, 2005: XII). Así, la literatura de viajes no sólo es una simple descripción de un recorrido, sino toda una visión de alteridad que nunca puede ser neutra o inocente.

Así pues, la narrativa viajera emana lo que Litvak (2004) llama la «topografía de la alteridad», que son las estrategias narrativas, temáticas y retóricas que no sólo responden a una entidad geográfica recorrida, sino también a todo aquello que hace referencia a la diferencia. Podemos encontrar diferentes discursos respecto a la alteridad: el autobiográfico, el colonial, el geográfico, el arqueológico, el exótico, el antropológico, el orientalista y un largo etc. La narrativa de viajes, por lo tanto, organiza y alterna las aventuras y las peripecias personales con las narraciones más descriptivas. Así: «si la geografía está formada por la descripción, la aventura está determinada por las acciones. Y el relato se convierte en un viaje con un recorrido «heroico» a través de un trayecto geográfico» (Litvak, 2004: 101).

1.3. El *Orientalismo* de Said: los imaginarios geográficos coloniales

Al realizar una revisión histórica o postcolonial de las geografías imperiales/coloniales hay que mencionar necesariamente la canónica aportación de Said respecto al proceso de «orientalización europea» de los territorios coloniales. De algún modo se podría afirmar que la cultura occidental presupone la idea de imperio como hecho fundador de Occidente desde el Renacimiento hasta la actualidad, y que sus productos literarios o estéticos participan de dicho hecho fundador y lo incorporan, aunque no siempre se trate abiertamente. La historia intelectual de Europa es impensable sin la expansión territorial, sin el impacto intelectual de los descubrimientos y sin la política de colonización.

La obra *Orientalism* (1978), de Said, es una monografía que funda el «discurso colonial» e inaugura el estudio de las relaciones existentes entre cultura e imperio, la implicación del conocimiento y de las prácticas textuales y artísticas, en las relaciones de poder. La *textualidad*² del imperio nos permite comprender el concepto de discurso colonial como el conjunto de convenciones y de prácticas miméticas y simbólicas (discursivas, textuales, estéticas) que Europa desplegó en toda su extensión territorial. En este sentido, Said presta especial atención en la interrelación del orientalismo académico con el imaginativo y el institucional. De esta manera, el análisis crítico de Said se puede presentar como un estudio arqueológico y epistemológico que indaga en la complicidad del poder imperial con las ciencias humanas y la literatura, y que culmina, con la investigación de la productividad estética del poder (Vega, 2003).

Según los postulados de Said (1978), desde mediados del siglo XVIII, un elemento axial habría dominado estas relaciones: se trata del conocimiento creciente y sistemático que Europa compila y ordena sobre Oriente, que se refuerza y multiplica con el encuentro colonial y con el interés europeo fuera de sus delimitaciones territoriales. A este conjunto de relaciones, textos y disciplinas, se le añadiría todo el corpus de textos literarios. Es decir, Said describe el orientalismo como un campo de conocimientos, pero estudia también el Oriente como una evocación, como una construcción literaria y como una representación estética.

Desde esta perspectiva, la visión del Otro surge como una proyección de Occidente, que al referirse al otro, da cuenta, realmente, de sí mismo y confirma la identidad occidental mediante la descripción de las características de lo oriental, como si se tratara de un juego de espejos. Con la presentación de este mundo diferido, en *Orientalismo*, el Oriente no es un espacio geográfico que queda al final de una cadena de remisiones, sino que resulta ser una representación, el lugar

² En relación a la intertextualidad del discurso, Said propone analizar obras literarias, políticas, periodísticas, religiosas, y también libros de viajes y estudios filológicos desde una perspectiva que él mismo cualifica de híbrida, de histórica y antropológica. En este sentido, cree necesario atender de forma prioritaria los vínculos existentes entre textualidad, sociedad e historia. También entre literatura y «escritura imaginativa» por un lado, y escritura académica y filológica por otro. Como que a diferencia de Foucault sí que otorga importancia a la contribución de los individuos, concede un espacio de complejidad a la dialéctica entre el escritor singular y la formación discursiva y colectiva que su obra aporta.

de encuentro de una red de textos: es una gran biblioteca y un enorme archivo estético (Vega, 2003).

Said define el orientalismo como «una determinada relación de Occidente hacia Oriente» (Said, 2003: 19), donde Oriente «no es sólo el vecino inmediato de Europa, sino que también es la región en la que Europa ha creado sus colonias más grandes, ricas y antiguas, es la fuente de sus civilizaciones y lenguas, su contrincante cultural y una de sus imágenes más profundas y repetidas del Otro» (Said, 2003: 19). Además, en esta relación, «Oriente ha servido para que Europa (u Occidente) se defina en contraposición a su imagen, ideario, personalidad y experiencia» (Said, 2003: 20). Oriente «no es puramente imaginario: es una parte integrante de la civilización y de la cultura material europea. El orientalismo expresa y representa, desde un punto de vista cultural e incluso ideológico, una demarcación geográfica como un tipo de discurso que se sustenta de unas instituciones, un vocabulario, unas enseñanzas, unas imágenes, unas doctrinas e incluso, unas burocracias y estilos coloniales» (Said, 2003: 20). En este sentido, Pannikar (1959) afirma que «creer que Oriente se «orientalizó» y creer que estas cosas pasaron simplemente como una necesidad de la imaginación, es faltar a la verdad. La relación entre Occidente y Oriente es una relación de poder y dominación» (Panikkar, 1959: 25).

1.4. Geografías imperiales y la invención del Oriente español

Derek Gregory en su libro *Geographical Imaginations* (1994) hace referencia a las «geografías imaginarias» de Said. Al adaptar el concepto, remarca que las geografías imaginarias³ son formaciones discursivas, tensas constelaciones de poder, conocimiento y geografía (Gregory, 1994). Enfatizando la dimensión geográfica, también señala que las geografías imaginarias están centradas en un «aquí» y proyectadas hacia «allá» y que en el trayecto de translación adquieren significación. La idea más relevante que Gregory toma de Said es la manera en

³ Existen otras contribuciones. Véase, por ejemplo: Lowenthal, David (1961). *Geography Experience and Imagination: Towards a Geographical Epistemology*, *Annals of the Association of American Geographers*, 51, 1961, 241-60; Harvey, David (1990). *Between Space and Time: reflections on the Geographical Imagination*, *Annals of the Association of American Geographers*, 80, 3 (1990) 418-34; Driver, Felix (1999). «Imaginative geographies» A: Cloke, Paul; Crang, Philip; Goodwin, Mark (eds). *Introducing Human Geographies*. London: Arnold; Schwartz i Ryan (2003). *Picturing place. Photography and the Geographical Imagination*. London, New York: I.B. Tauris.

la cual la poética del espacio (Bachelard, 1969) también es política espacial. En consecuencia, el orientalismo de Said —como geografía imaginaria— deviene una formación discursiva (europea) que funciona mediante la representación del espacio donde Oriente se construye como un escenario teatral en el cual Occidente proyecta sus fantasías y deseos. Cabe destacar también, que en estas representaciones espaciales hay implicadas desiguales relaciones de poder. Así pues, a través de los viajes aparecen geografías imaginarias, que como formaciones discursivas nos explican de forma relacional la experiencia colonial. Además, este proceso de producción de nuevas geografías que vinculan el aquí con el allá, los otros territorios se convierten en texto para ser leído o objetos para ser contemplados (Gregory, 1994).

Podemos considerar como geografías imaginarias el resultado del proceso o mecanismo humano a través del cual las personas conciben el mundo situándose en el espacio y el tiempo. Consiste, pues, en una cadena de prácticas subjetivas en las cuales el conocimiento geográfico se recoge, los hechos geográficos quedan ordenados y las geografías imaginativas construidas (Gregory, 1994, 1995). Tal y como plantea Said, Europa inventó sus propios «orientes». Aunque de forma general «Oriente, la tierra que está al Oriente de Occidente, es un mundo de cuentos. Su realidad se ha visto siempre encapsulada en formas narrativas que nos remiten a los hechos, a las ficciones y a las fábulas. Oriente invita a la imaginación» (Sardar, 2004: 17), para el caso español, se observa que Oriente no se localizó ni al este ni fue extremadamente fabuloso. Sí pero que fue profundamente imaginado y se ubicó en Marruecos.

Morales Lezcano afirma que Marruecos se incorporó totalmente «a los orígenes y desarrollo del conocimiento y representación orientalista del mundo árabe islámico que estudia, manipula e interroga Europa con curiosidad creciente» (Morales Lezcano, 2006: 150). En realidad, España se interesó por el territorio marroquí fruto del contexto de repartimiento imperial de África. De ese modo, las primeras formulaciones orientalistas españolas referentes a Marruecos, ya incorporan el discurso hegemónico y dominador de «*España en Marruecos*». Para Martín Corrales, se encuadra de la siguiente manera:

«El siglo XIX puede considerarse como el punto de partida de la renovada expansión española por el norte de África (la anterior había fracasado en la primera mitad del siglo XVI). Necesidades de política interior y la aparición del imperialismo europeo explican el

renacido interés por Marruecos, que a partir de 1860 será el marco geográfico en el que se ubican las ensoñaciones del orientalismo español decimonónico» (Martín Corrales, 2002a: 26).

Como resultado, las concepciones medievales se transmutaron en un orientalismo fantasioso basado en ideas nostálgicas del Al-Andalus y reelaborado en función de las necesidades colonialistas. En este sentido Villanova considera que «España se propuso actuar en Marruecos sin conocer su sociedad ni su territorio, sin medios y sin un plan coherente, ni en lo político ni en lo militar» (Villanova, 2004: 64).

1.5. Geografías postcoloniales: la complicidad entre la geografía, el viaje y el imperialismo

En la actualidad las geografías postcoloniales copan un gran interés académico en la disciplina geográfica⁴ (especialmente en el ámbito anglosajón). Sin embargo, referirse a las geografías postcoloniales se convierte en una tarea ambiciosa ya que nos adentramos en el amplio, diverso y también confuso contexto que rodea la polisémica palabra *postcolonialismo* (Young, 2001). Con todo, la idea más destacable y fundamental es que las geografías postcoloniales han sacado a la luz la complicidad existente entre la geografía y el imperialismo en tiempos pretéritos pero también en tiempos actuales. En este sentido, Gregory (2004), considera la crítica postcolonial como una de las vías más adecuada para entender y comprender el *presente* colonial.

De ese modo, a través de diferentes aproximaciones teóricas y metodológicas, a principios de los años noventa aparecieron publicaciones que hacían referencia explícita y crítica a la historia de la disciplina en relación con su complicidad colonial, o sea, la estrecha relación que existió entre la geografía y el imperialismo⁵. Estas primeras aportaciones comprometidas con el postcolonialismo se vieron influenciadas por el trabajo de otras disciplinas académicas,

⁴ Se podría afirmar que se están situando en el *mainstreaming* de la disciplina debido, al menos, a dos motivos diferentes. El primer responde al interés intelectual que genera vivir en un mundo *globalizado* y *postcolonial*. El otro se relaciona a la conjunción de intereses que comparte con otras subdisciplinas del saber geográfico, como pueden ser la geografía histórica, la feminista o la cultural.

⁵ Destacan las publicaciones de David Livingstone (1992), Jim Blaut (1993), Anne Godlewska y Neil Smith (1994) o Alison Blunt y Gillian Rose (1994).

pero enfatizaban que tanto el colonialismo como el postcolonialismo tienen unas características propiamente geográficas.

Dichos estudios ya perfilan lo que han sido los temas más tratados en el marco de las geografías postcoloniales. Por un lado disponemos de aquellas investigaciones que hay que concebirlas como una *crítica a la historia colonial* (King, 2003). Así, «geographers have become interested in the imperial genealogy on their discipline, the spatiality of colonialism and empire, and how we might revisit imperial and colonial geographies from postcolonial perspectives» (Clayton, 2003: 354). En esta línea se ha profundizado en analizar los discursos coloniales de los diferentes agentes imperiales en variadas realidades coloniales. Se han (re)visitado críticamente muchas de las aportaciones viajeras del período para indagar en la cooperación constructiva de un discurso colonial imperialista y eurocéntrico (Blunt, 1994; Gregory, 1994 i 1995; Kearns, 1997; Phillips, 1997; Driver, 2001; McEwan, 2000; Lester, 2001).

Una segunda línea de investigación postcolonial emerge de las indagaciones referentes a las situaciones coloniales contemporáneas en estados supuestamente postcoloniales⁶. Desde esta perspectiva, también existen contribuciones con un rechazo contundente hacia el colonialismo y que conciben que el postcolonialismo tendría que fomentar el anticolonialismo⁷ (Blunt & Wills, 2000; Gilbert, Berg, 2007, McEwan, 2003). Asimismo, se disponen de aportaciones que vinculan algunos idearios postcoloniales con teorías de desarrollo (Pavarti et al., 2006; Power, et al., 2006; Sharp & Briggs, 2006) o otras que analizan la materialidad postcolonial desde una perspectiva cultural (Cook & Harrison, 2003).

En realidad, la base del postcolonialismo es la mera crítica al colonialismo europeo/occidental. Algunas de las contribuciones de la geografía postcolonial también lo han explorado enfatizando de forma crítica los idearios y las aspiraciones eurocéntricas vinculadas con el traspaso de la modernidad, el progreso y el desarrollo en territorios no europeos (Blaut, 1993, 2000). De ese modo, se ha intentado elucidar

⁶ Desde este punto de vista, destacan los trabajos de Jane Jacobs (1996), Daniel Clayton (2000), Harris (2002) o Derek Gregory (2004).

⁷ La teoría académica postcolonial utilizada en el campo geográfico se ha acercado más a la tríada de teóricos postcoloniales (Said, Bhabha y Spivak) y no tanto a los agitadores/teóricos de las luchas anticoloniales (Gilmartin & Berg, 2007).

como el eurocentrismo imperial desarrolló una particular e interesada clasificación y categorización territorial del mundo (Pratt, 1992, Smith, 1994, Lester, 2003). Desde este punto de vista, el historiador bengalí Dipesh Chakrabarty (1992, 2000) se refiere al concepto «provincializing Europe» como la estrategia de (re)ubicación de los discursos occidentales sobre la modernidad en la interconectada red colonial vinculada al presente postcolonial.

Frente a la heterogeneidad de aproximaciones que se realizan desde la geografía, cabe destacar la importancia que ha tomado la evaluación crítica de los discursos emanados del contexto colonial. Sin embargo, este predominio también ha sido duramente criticado (McEwan, 2003). Pero también es cierto que a través de los análisis discursivos se han (re)visitado las relaciones creadas entre diferentes agentes que construyeron y difundieron el conocimiento geográfico imperial. Así, por ejemplo, trabajos como los de Felix Driver (1992, 1995, 2001) han enfatizado el papel de las culturas de exploración o de las culturas imperiales practicadas por los viajeros, científicos, exploradores, sociedades geográficas, fotógrafos y otros. Este vasto conjunto heterogéneo creó y difundió unas geografías no europeas eurocéntricas (Spur, 1993) que, remitiéndonos a Conrad (1926), hablan de unas *geografías fabulosas*, de unas *geografías triunfantes* y también de las *geografías militantes*, todas ellas narradas por gente viajera, la cual a través de sus escritos nos han dado a conocer unas geografías imaginarias de lo que no era Europa, hablándonos siempre, pero, de Europa.

En esta misma línea, se han realizado estudios que han analizado las particularidades de las geografías coloniales e imperiales. En ellos se ha observado como el imperialismo quedó diseñado a través de formaciones espaciales de conocimiento y poder. Igualmente, que los imperios estuvieron revestidos de significación geográfica a través de diferentes medios culturales. Por otro lado, otras contribuciones han examinado como el imperialismo estuvo estrechamente relacionado con la fabricación de imaginarios referentes a los territorios coloniales. Así, se ha tratado la construcción de las geografías imaginarias de Oriente, África negra, los trópicos o el desierto (Livingstone, 1992; Driver, 1995; Duncan & Gregory, 1999; Zusman, 2007) o de qué forma se produjo y representó el espacio colonial a través de parámetros tales como el género, la raza, la clase o la religión.

Las contribuciones más recientes referentes a las geografías postcoloniales que trabajan con la literatura viajera, realizan revisiones de trabajos previos y reflexionan sobre la necesidad de una mayor contextualización histórica y geográfica a la hora desarrollar análisis discursivos de la literatura de viajes. Así, Leonard Guelke y Jeanne Kay Guelke (2004) revisitan la canónica obra *Imperial Eyes* de Mary Louise Pratt (1992) y consideran que si bien es cierta la complicidad existente entre el viaje, la geografía y el imperialismo, también es verdad que hace falta profundizar en los contextos de producción con la finalidad de extraer de forma más acurada unas aportaciones que fueron fruto de su tiempo y construidas en otra realidad espacial.

2. «España en Marruecos»: la plasmación de lo colonial en la literatura viajera

Entre 1859 y 1936, la mayoría de españoles/as que viajan por África lo hacen principalmente en Marruecos, sea por proximidad geográfica, por aprovechamiento de las infraestructuras coloniales y de los intereses creados, o bien por la combinación de ambas opciones (Albet et al. 2008). Asimismo, muchos de los relatos incluyen, de forma explícita o implícita, aportaciones significativas relativas a la situación colonial africana y más concretamente a la marroquina. Además, también describen de modo personalizado la geografía recorrida durante el viaje dejando constancia de opiniones geopolíticas del momento y de las diferentes políticas coloniales desarrolladas por las metrópolis imbricadas con «la cuestión marroquí». De hecho, tal y como apunta Marín (1996), muchas de las narrativas viajeras eran concebidas con el objetivo de dar a conocer y divulgar las intervenciones colonialistas españolas realizadas en Marruecos.

Se dispone tanto de relatos que esquivan tratar abiertamente el tema del colonialismo como narrativas donde el eje principal del relato se centra en discernir sobre la cuestión de «*España en Marruecos*». Las páginas que siguen analizan las contribuciones del conjunto de narrativa española existente que trata sobre la cuestión colonial. Se puede avanzar que se disponen de muchos y variados posicionamientos en relación a la presencia española en Marruecos, o más en general, sobre la presencia de Europa en África. Hay que recordar, en este punto, que la literatura de viajes es un vehículo útil para poner en relación lo visto con lo preconcebido o aquello deseado (Derek, 1994; Zusman et. al, 2007). Siendo así, con la reflexión generada con el

desplazamiento, aparecen idearios detallados sobre lo que tendría que ser el expansionismo, la identidad territorial o el nacionalismo. Así, los próximos apartados relacionan las aportaciones de los relatos viajeros con las particularidades coloniales de Marruecos durante el período de análisis, una etapa repleta de interés en lo referente a la configuración imperialista europea, su plasmación colonial y su transcripción geográfica.

2.1. El desplazamiento como fuente de conocimiento geográfico y geopolítico

Algunas de las aportaciones disponibles son especialmente reveladoras de la construcción colonial de Marruecos. Pareja, por ejemplo, en el año 1868 viaja durante tres meses con el objetivo de conocer las misiones católicas allí establecidas. En 1908 publica sus impresiones viajeras con el pseudónimo Abu-Djebel (cuando ya era un reconocido periodista e historiador), y a parte de sus experiencias incluye a modo de epílogo, un elaborado estado de la cuestión sobre la política colonial en Marruecos después de la Conferencia de Algeciras (1906). ¿No se trata, pues, de una apuesta clara de divulgación de un ideario político concreto utilizando la (banal) excusa de publicar un relato de viajes? ¿Qué significación tiene la espera de 40 años para que las memorias viajeras salieran publicadas? ¿Y el caso del científico Cabrera? Éste, entre los años 1913 y 1924 realiza cuatro viajes a Marruecos –tres de ellos pagados por la Real Sociedad de Historia Natural-. Su relato se dedica a recorrer las maniobras fronterizas del ejército español con el objetivo de conocer la fauna marroquí y catalogarla. ¿Su aportación no debe ser analizada bajo el prisma de la trilogía ciencia-política-colonialismo? ¿No nos da cuenta del seguimiento del proceso de expansión territorial de España en Marruecos? Así pues, nos damos cuenta de que las narrativas viajeras divulgan un conocimiento geográfico y geopolítico determinado, pero al mismo tiempo complejo.

Para empezar a hacernos una idea de la significación que toma a nivel social y político (también cultural y económico) la «cuestión marroquí» en España, utilicemos, por ejemplo, las aportaciones del clérigo Jaume Collell. En el año 1891, acompañando al Marqués de Comillas —reconocido africanista y empresario— hizo un cruceo por el Mediterráneo recalando en diferentes ciudades magrebina. Si bien el viaje se realizó en 1891, no fue hasta 1921 que el catalanista se decidió a publicar sus impresiones. ¿Por qué, nos podemos preguntar? Él mismo nos lo hace saber al principio de su relato:

«Y ara se m'ha acudit dirne quelcom d'una excursió a la costa del Marroch, feta en ple hivern del any 1891. N'han passat trenta anys, pero ho tinch tot tan present, com si avuy tornés de Melilla. Y com aqueix nom es avuy la **obsessió de Espanya**, m'ha semblat que sería oportú donar [...] unes notes viscudes de aquelles terres amarades de sanch espanyola, notes en les que s'hi trobarán **observacions de avuy tenen una forta actualitat**. Perqué aquell viatge no fou solament de turista curios y desvagas. Lo ferem en companyia del Marqués de Comillas en vapors de la Trasatlántica, y'l marqués que es l'espanyol més intensament patriota de jo conech, per tot allá hont va, **hi cerca sempre lo que pot redundar en be d'Espanya**, lo que pot intensificar lo seu progrés y enaltir lo seu honor. Y'm quedo curt en la ponderació, per por de ofendre la modestia del gran patrici» (Collell, 1921: 5-6)⁸.

Los treinta años que separan la realización del viaje de la publicación del libro no son casuales. La espera temporal es explicativa de cómo la opinión, las expectativas y el interés por Marruecos diferían, y en creces, entre el año 1891 y el 1921. El fatídico 21, el año del «desastre de Anual», España vivió el revés militar más escandaloso y de unas consecuencias nefastas en el sí de la sociedad española del momento (comparables a las del año 1898). Y es que tal y como comenta el autor, el Marruecos de 1921 se convirtió en una pesadilla y en la «obsesión de España». Por tanto, fueron la «crítica actualidad» de la política «nacional» española, la voracidad de los hechos ocurridos cerca de Melilla, el temor de la caída de los intereses españoles en Marruecos y las posibles represalias geopolíticas de las otras potencias europeas las que empujaron a Collell a reseñar su viaje a Marruecos cuando éste era todavía un imperio soberano y lleno de expectativas para España. Su relato, pues, se convierte en un legado importante ya que documenta explícitamente los cambios geopolíticos ocurridos en un período de treinta años además de incluir algunas de las reacciones y consecuencias en la sociedad de origen.

Resulta interesante rescatar aquí el interés de Collell para preservar, aún el momento crítico reseñado, los «intereses» de España en Marruecos. Lo hace enalteciendo la figura del Marqués de Comillas, presentándolo como un gran patriota que busca por todas partes «el bien de España». Dicha consideración tampoco es casual y nos revela

⁸ A partir de esta cita y para todo el capítulo, se mantiene el idioma (castellano y catalán) y la ortografía original de los relatos. Los destacados que se incluyen son de la autora.

las relaciones de este magnate con Marruecos durante y después de los enfrentamientos hispanomarroquíes del año 1859. De hecho, desde su regreso de Cuba, el Marqués de Comillas redirigió sus intereses económicos hacia África, y especialmente hacia Marruecos. Aunque el viaje del año 1891 puede entenderse como un acto de propaganda de la Transatlántica, también muestra a la perfección el giro político de los sectores colonialistas españoles y concretamente los del lobby Comillas en relación a Marruecos desde la Guerra de África, punto de partida de las aspiraciones colonialistas españolas en África (frente la eminente pérdida de las otras posesiones ultramarinas). Así, el espacio geográfico marroquí, a través de las anotaciones de Collell, tienen la misma importancia geopolítica en los 90 del XIX como a los 20 del siglo XX, en parte también porque el autor considera —por el hecho de haber estado a Marruecos y haber pisado su territorio— que tiene una voz acreditada para emitir juicios de valor sobre dicha temática.

Si bien esta primera cita pide una introducción contextual en relación a las particularidades coloniales en Marruecos, tomemos una de más explícita y que de nuevo nos muestra como el desplazamiento deviene fuente de conocimiento geográfico y geopolítico. Collell, encontrándose a los alrededores de Ceuta escribe:

«Y allí precisament havian començat les escaramuces de aquella guerra que s'acabá ab lo tractat de pau firmat a Vad-Ras per Muley Abbas, general de les forces marroquines y D. Leopold O'Donnell, general en jefe del exèrcit espanyol, que, en lloch de aturar-se a Vad-Ras, **devía haver entrat a Tánger**. Jo aleshores, als meus quinze anys, vaig sentir dir que **l'inglés ne tenia la culpa**, y ara que'n tinch setanta cinch, encara ho crec ab mes certenitat. **Si Espanya a més de Ceuta tingués Tánger, tindria del Estret clau i ferrolat**» (Collell, 1921: 30).

Esta cita es destacable por dos motivos. En primer lugar porque introduce el espacio geográfico de la batalla que en España se ha acabado conociendo como la Guerra de África. En segundo lugar, porque dicho espacio aúna con la geopolítica mundial del momento y con la opinión personal del autor. Así, Collell, desde allí, rememora los enfrentamientos de Uadrás tomando consciencia de la importancia geoestratégica del enclavamiento —el Estrecho, entre el Mediterráneo y el Atlántico—. Al mismo tiempo, reniega de los avatares históricos y de la hegemonía del imperio británico, que con mucho interés defendía territorialmente sus «necesidades» imperiales en la zona de

Tánger-Gibraltar. Para el autor, a la favorable situación geográfica de la Península, sólo hubiera faltado tener un poco más de presencia en el otro lado del Estrecho para poder dominar y controlar el paso, a la vez que hubiera conseguido desestabilizar la potencia británica en la zona. Así pues, nos explica sus idearios dejando constancia de la situación de la política internacional del período, vivida en aquel momento pero reflexionada treinta años más tarde.

Como ya se ha comentado, es justo después de las escaramuzas bélicas del 1859 que empezó toda una desfilada de viajeros españoles que se adentraron a conocer y observar el vecino país, el todavía «desconocido» Marruecos. Murga, también llamado «moro vizcaíno», por ejemplo, viajó larga y tendidamente por el imperio de Magrib-al-Aksa a partir de 1863. En sus anotaciones incluye:

«El número de Europeos, y en particular el de los Españoles, **ha aumentado** en las costas de Marruecos desde su última guerra con España» (Murga, 1994 [1895]: 76).

Frente a esta constatación, también añade:

«Nuestro último Tratado ha disminuido, si no supeditado por completo, la influencia exclusiva que tenía la Inglaterra en el país; y hoy, podemos decirlo sin rebozo, **somos la Nación que mas pesa en los negocios de aquel Gobierno y mas preponderancia alcanza por allá**» (Murga, 1994 [1895]: 77).

Boada, por su lado, poco después de la internacionalización marroquí (1880) y en referencia a esta misma temática, incorpora:

«Antiguamente las naciones de Europa se contentaban con tener en Tánger un encargado de negocios, que acostumbraba ser el mismo cónsul; **pero desde que los asuntos mogrebitas han adquirido preeminente interés, todos los gobiernos se apresuraron a aumentar su personal diplomático**» (Boada, 1999 [1895]: 99).

Pero unos pocos años más tarde, concretamente en 1891, Muro aclara:

«Ya he dicho que **el número de españoles es aquí mayor** que el de los franceses, ingleses, italianos y de otros países: pues a pesar de eso, **los españoles somos los que menos cosas conseguimos**

del Sultán ó de nosotros mismos; quizás algún día hablaré con detención y muy en serio de esto, porqué en ello va un porvenir para España, envuelto en su propio decoro» (Muro, 1891: 55).

De ese modo, entre mediados de los años 60 y los 90 del siglo XIX, aunque los viajeros constataron un incremento de la presencia española en el soberano Marruecos, también vemos que de tener una influencia incluso superior a la inglesa justo después de la Guerra de África, se pasa a ser la nación que menos favores recibe del Sultán. Esta narración de cambio puede contarse también mediante las particularidades de la trayectoria de la historia colonial. Durante el último tercio del siglo XIX, y muy especialmente después de la Conferencia de Madrid (1885), el proceso de repartición de África se acelera al mismo tiempo que se arrinconan las potencias que empiezan a ser consideradas de segunda categoría, como es el caso de España. Así, dichos viajeros conocieron en este período una determinada geografía colonial y divulgaron una particular situación geopolítica.

Desde un punto de vista estrictamente geográfico, también vemos como los relatos nos dan cuenta de otras particularidades coloniales de la época. Así, en lo referente a la accesibilidad de la geografía marroquí contemporánea al viaje de San Martín, se nos cuenta cuales son las ciudades que el viajero creía que podían ser visitadas o no:

«Terminaremos brevemente [...] aconsejando á aquellos de nuestros lectores que tienen afición á viajar, **que visiten á la ciudad de Tánger**, una de las más próximas a España. Hoy en el día no existe en ella ningún peligro alguno para los cristianos, como sucedía aún á principios del siglo actual. **Tánger, como el resto de las poblaciones de Marruecos, en nada se parece á ninguna de nuestras ciudades.** [...] Además de la ciudad de Tánger puede visitar el viajero curioso y observador, **las de Tetuán, Larache, Alcázar, Arcila, Mazagan, Saffir, Mogador, Sale y Rabat**, sin correr un grave riesgo. **En cambio las ciudades de Tafilet, Sus, Fez, y con especialidad la de Marruecos, son verdaderamente inaccesibles**» (San Martín, 1870: 266-267).

Igualmente disponemos del ejemplo que incluye Pareja en relación a su viaje de reconocimiento por la costa. Con la finalidad de encontrar el mejor emplazamiento para fundar una nueva casa-misión, cuenta:

«El P. Lerchundi **trataba de instalar algunas casas-misiones en la costa occidental** de Marruecos, abandonada desde

el fallecimiento del P. Sabater. Por esta causa se obtuvo el permiso del maghzen ó gobierno marroquí, **para emprender un viaje hasta Mogador, y estudiar las condiciones de la localidad á fin de proceder con acierto á la elección de poblado en que establecer la casa-misión**» (Pareja, 1908: 65-66).

Incluso existen observaciones geográficas pasadas por el tamiz de la mirada «orientalizada», la cual prioriza superlativamente aquellos elementos del paisaje susceptibles a ser modernizados (Pratt, 1992). Así, en referencia al hinterland septentrional, Muro añade:

«Pues bien; y preste atención el lector. En esa inmensidad de **terreno que se puede triangular fijando vértices en Tánger, en Ceuta y en Tetuán**, en esos mil kilómetros superficiales en proyección horizontal, no hay más población, fuera de las que forman los ángulos del triángulo. Ni aldea, ni caserío, o choza, ni albergue para ser viviente. Tierra y más tierra, y nada más que tierra, con su esplendorosa vegetación espontánea; la mejor bahía de nuestros mares; nuestra envidiable y envidiada posición de Ceuta; muchas dársenas, agua abundante de manantiales y de ríos y... mil kilómetros cuadrados ahí, con todo eso... **convertidos en desierto**. *De te fabula narratur*, señora diplomacia de mis pecados y señores diplomáticos, mis paisanos con suerte y pretensiones. Lo que hasta ahora habéis hecho ó pensado sobre este particular, me recuerda lo del andaluz del cuento, cuando decía á un viandante preguntón, ni ese es el camino de Jerez ni yo soy su compadre. (Muro, 1891: 62-63).

Ya iniciado el siglo XX y poco después del establecimiento formal del Protectorado francoespañol en Marruecos (1912) y del inicio de la primera gran guerra europea, Zulueta (1916), al volver de Marruecos emite una clarificadora «resituación geográfica» del territorio marroquí de influencia española. Escribe:

«Hablamos de nuestra misión en África, del testamento de Isabel la Católica y de las miras del Cardenal Cisneros; establecemos un parangón entre nuestro porvenir en América y nuestro porvenir en África **sin percatarnos de que a la zona de influencia que se nos ha reservado en Marruecos no llega a la extensión de dos provincias españolas**. El teatro de la guerra, que, por los millones que cuesta, y los hombres cuya pérdida lloramos, **imaginamos grande, ha sido tan reducido, que no alcanza a la mitad del llano de Barcelona**» (Zulueta, 1916: 59).

Dichas reconsideraciones territoriales de la área de influencia y del campo de batalla son bien ilustrativas de cómo a menudo las construcciones imaginarias de los territorios coloniales distorsionan, si no olvidan, la «geografía», especialmente las de un país que siglos atrás había colonizado todo un continente. Así, la aclaración de Zulueta, georeferenciada en la geografía local (del lector), tiene el objetivo de resituar o frenar la pomposidad creada en relación a la casi mítica geografía de «España en Marruecos» de los primeros años del Protectorado.

Otros viajeros más tardíos que también se desplazan por el Protectorado francés, dan cuenta de los rápidos cambios sucedidos en las localidades costeras a la vez que trazan comparativas entre las diferentes prácticas coloniales desarrolladas por las dos metrópolis imbricadas en Marruecos. Así, por ejemplo, Ferrando comenta:

«De las que llevamos vistas, **es Rabat la urbe que da más sensación de dominio europeo**, y de adaptación fácil a las corrientes de progreso moderno. **Sin embargo ¡qué distinta fué hasta hace pocos años, relativamente!** Nadie diría al verla hoy tan flamante, que, con su vecina Salé, con la cual se mira con recelo, fué un peligroso y sanguinario nido de piratas, que se dedicaban a abordar los barcos españoles, portugueses, holandeses e ingleses, que iban y venían al Sur, camino de las Indias» (Martínez Ferrando, 1929: 158-159).

Desde esta constatación de modernidad observada en la geografía bajo dominio francés, Ivan Tirant añade:

«El general Lyautey, a qui deu França tota la seva obra del Marroc, deia en certa ocasió: «El meu valor per a conquistar el Marroc és el que em donen els quilòmetres de ferrocarril, els cavalls de vapor o els kilowats d'electricitat que vaig estendre...». Doncs bé, **nosaltres a la nostra zona no hi hem portat un sol d'aquests elements**» (Tirant, 1934: 26).

Tirant, que tiene la posibilidad de conocer las dos áreas de influencia, reconoce las mejoras realizadas por los franceses y paralelamente reniega de la ineficacia modernizadora palpable en los paisajes de influencia española. La colonización, para el autor, implica la creación de espacios de modernidad al estilo francés. Así, en una comparativa constante de elogio a la opción francesa, defiende la presencia y la creación de infraestructuras como la única opción viable para la

colonización. Por lo tanto, no critica el colonialismo, sino la ineficiencia del gobierno español.

3. Ritmos: la narración de las particularidades colonialistas

Los relatos de viaje analizados elucidan nociones geográficas y geopolíticas en estrecha relación con el colonialismo español y europeo en Marruecos. Además, dichas narrativas incluyen interesantes informaciones de los ritmos coloniales⁹ observables durante el período de análisis. De ese modo, la literatura de viajes no sólo opina sobre la práctica colonial sino que deja constancia de su evolución. Veamos algunos ejemplos que se acompañan de su vinculación con el que fue el conjunto del proceso colonial.

3.1. Desconocido y totalmente inexplorado

A mediados del siglo XIX, África era poco más que un imaginario geográfico desconocido. Los primeros viajeros dejan constancia de eso y también empiezan a perfilar un sentimiento común de superioridad (europea) junto con un ideario intervencionista que de momento, sólo aparecerá mediante su formulación en condicional futuro.

Así, Gatell —que conoce el Magreb de los años 60 del XIX— nos describe una geografía marroquí lejos de ser conocida. Escribe:

«La ciencia geográfica ha progresado rápidamente, pero mucho hay que hacer todavía. **Muy cerca de nosotros, casi rozando a Europa, se encuentra un vastísimo continente, cubierto en su mayor parte por el velo del misterio: el África.** [...] Allí exceptuando escasos puntos del litoral, no hay más que ignorancia y fanatismo; la barbarie reina por todas partes. A esos pueblos, a esas hordas salvajes **se debe hacer saborear algún día el néctar de la civilización**»(Gatell, 1949 [1879]: 119).

⁹ En este punto puede ser útil retomar la reflexión que hizo Conrad en el año 1926 respecto a las vinculaciones existentes entre la geografía y el imperialismo. Felix Driver (2001) que ha reflexionado sobre las culturas de las exploraciones imperiales (especialmente la británica), reincorpora en su análisis las fases citadas por el autor del Corazón de las tinieblas, o sea, la «geografía fantástica», «la geografía triunfante» y la «geografía militante».

El autor lo concibe y lo manifiesta sirviéndose de la doble dicotomía orientalista Europa/África-civilización/barbarie (Sardar, 2004). Para él, lo que se encuentra en el interior de la costa africana es geográficamente un misterio. Paralelamente, cree necesario que las naciones europeas desplieguen la «civilización ilustrada» en el vasto continente inexplorado. Reclama, pues, una presencia europea civilizadora, pero no incluye ninguna concreción explícita. Pareja, por su lado, con un viaje contemporáneo al de Gatell, también apunta la idea de desconocimiento del territorio marroquí. Nos comunica el fuerte contraste que supone para un europeo adentrarse más allá de la portuaria Tánger. Para el autor son territorios donde reina exclusivamente la barbarie. Explica:

«Los europeos íbamos contentos **por conocer un país no muy estudiado aún**. [...] **Apenas salimos de Tánger**, ya comenzábamos a notar la **falta de civilización del país**. Los caminos eran malas sendas trazadas por el pie de los caballos que, como no llevan herraduras, sus huellas se borran con el viento que remueve las arenas» (Pareja, 1908: 68).

En realidad era muy arriesgado, para todo europeo, traspasar lo conocido y adentrarse a las geografías africanas desconocidas. En el caso de Pareja, que salieron en comitiva de la ciudad y disfrazados para intentar pasar desapercibidos, era un repto casi de desafío vital. Este sentimiento también lo experimenta y comparte el explorador Benítez. Él enfatiza la proeza masculina casi heroica de poder ser uno de los primeros en recorrer y pisar el «gran desierto» del Sahara:

«¡Recorrer el desierto del Sáhara! Esta idea me atraía como el imán atrae al acero, y hubiera renunciado cuantas ventajas me ofreció dicho doctor, por el sólo placer de ir en su compañía y **ser el primer español que iba a cruzar comarcas desconocidas de los europeos**» (Benítez, 1899: 2).

Con este talante pionero y geográficamente alejado de los límites fronterizos septentrionales del imperio, Benítez utiliza el análisis geográfico in situ para aportar y difundir una nueva delimitación geográfica del sur del imperio. Precisa:

«He observado en todas las cartas geográficas que he consultado, que **el río Daráa sirve de límite al desierto de Sáhara por aquella parte del continente africano; no siendo exacta**

esa designación de límites: porque después de pasar el Daráa se encuentran otros varios cauces de ríos, como son el Mercala, que recorre la región conocida por el Eptana, y el Guad-Alux, sin que pueda aquél considerarse como límite del desierto por el terreno en el que existe más o menos vegetación, por el cauce de los ríos que la recorren y por sus habitantes; **todo lo que cambia al llegar á la región llamada Hamada, que es donde realmente empieza el Sáhara**» (Benítez, 1899: 78).

A su vez, Amor, recorriendo el territorio umbral entre Tánger y Tetuán justo antes de los enfrentamientos hispanomarroquíes del año 1859, proyecta el territorio visitado relacionándolo directamente con el «*porvenir*» de España. Comenta:

«Hace tres días que abandoné la ciudad de Tetuan, y en ellos nada de particular ha ocurrido de que deba hacer mencion en estos recuerdos [...]. Pero si nada presenta aquella parte del pais para trazar un cuadro de costumbres, en cambio **inspira ideas y desarrolla grandes esperanzas de un halagüeño aunque quizás lejano porvenir, para la España.** ¡Oh como la imaginación compara sin querer la inmensa fertilidad en los terrenos, con el abandono bárbaro y completo de las gentes y el increíble número, y bienestar de los pueblos que pudiera nutrir este país, con el numero y miserable estado de las tribus feroces que lo ocupan! ¿Quién no es capaz de apreciar la pingüe riqueza de las tierras ni la fertilidad salvaje de sus bosques? ¿ni quien de calcular los gémenes de industria que aquí y allí se nos presentan, ni las riquezas minerales que sus agrestes cumbres esconden en sus endurecidas entrañas?» (Amor, 1859: 123-125).

De ese modo, Amor, que ya incluye la posibilidad de una acción colonial española en la zona más septentrional del litoral marroquí, también recoge un ideario discursivo que jerarquiza el territorio africano considerándolo atrasado y proyectándolo superlativamente sólo mediante un futuro vinculado a la presencia occidental. Aparece así, una imagen interesadamente congelada del imperio.

Con la victoria española en la Guerra de África empiezan a aparecer de forma más clara y evidente los intereses coloniales españoles depositados en Marruecos. Así, la firma del Tratado de Paz (1860) hay que entenderlo como el primer punto de inflexión que favorece la presencia española en territorio marroquí. Para ilustrarlo, es interesante recuperar la aportación de San Martín, el cual se desplaza a Larache para encargarse de cobrar las indemnizaciones de guerra que Marruecos tenía que pagar a España. Cuenta:

«Aquel imperio, con el cual acababa de sostener España una **lucha victoriosa, rápida, llena de gloria para nuestra madre pátria, yacia vencido, aun cuando no humillado enteramente**, y debía pagarnos una crecida indemnización de gastos de guerra, cobrable de la mitad de los productos de las aduanas. **Yo iba encargado de percibir aquellos productos en la ciudad de Larache**, debiendo servir más tarde á las inmediatas órdenes del excelentísimo señor don Francisco Merry y Colom, ministro plenipotenciario de su majestad católica en Tánger» (San Martín, 1870: 7-8).

Finalmente Murga —justo después de la firma de los acuerdos de paz— también considera que la victoria española tenía que facilitar que Marruecos terminara sometido a la influencia española. Comenta:

«**El creciente poderío de nuestro país**; el ascendiente que, conocidamente, vá tomando en la cuestiones internacionales; y por último el equilibrio europeo podrian hacer muy bien que en el **reparto** que, de comun acuerdo, ha de hacerse de los paises berberiscos, **fuese Marruecos ó una parte suya, el lote correspondiente á nuestra España**. Y, si no lo es entonces, es menester pensar el que ha de suceder tarde ó temprano. Marruecos que, al principio de nuestra Era y bajo el cetro del Emperador Oton, formaba una provincia española con el nombre de España transfretana, por la lógica de los hechos y las leyes del flujo y reflujo, de los pueblos, **tiene que estar necesariamente bajo el dominio español en una época mas ó menos apartada de nosotros, pero que ha de llegar sin duda alguna**» (Murga, 1994 [1868]: 79).

Por otro lado, es igualmente destacable la incorporación de nuevos contenidos geográficos que crean una nueva vinculación entre España y Marruecos. El viajero recupera las demarcaciones romanas de *Hispania Ulterior* y *Mauritania Tingitana* así como las propuestas imperiales unificadoras de ambas del año 69dC con el objetivo de justificar la apropiación territorial. Como veremos más adelante, otros ideólogos del africanismo español retomaran este razonamiento y otros, para la justificación de la presencia española en Marruecos.

3.2. Marruecos es una necesidad

Tal y como ya se venía insinuando, Marruecos termina configurándose como aquello necesario para el «devenir de España» en el contexto de expansionismo europeo en África. En este sentido, se crean y

se reconfiguran unos espacios mentales cambiantes que se irán adaptando a las particularidades estructurales y conyunturales que rodean la colonización de Marruecos. A continuación, vamos a descifrar cuales fueron los principales motivos utilizados para concebir Marruecos como una verdadera necesidad.

En realidad son muchas y variadas las razones utilizadas para justificarlo. Sin embargo, la más destacada y repetida es la que hace referencia al «demagógico» problema de la emigración española. Así, por ejemplo, Boada describe:

«Desgraciadamente para España, son el crecido número los que todos los años, de las provincias levantinas o de Asturias y Galicia, emigran a lejanos países. (...) **España debe poner empeño en encaminar esta crecida emigración, no a las Américas ni a las provincias argelinas, sino a Marruecos, donde está el verdadero porvenir de la industria española**» (Boada, 1999 [1895]: 75).

Para el autor es necesario colonizar Marruecos porqué de ese modo se puede solucionar el problema de la sangría emigratoria española. Considera que es Marruecos donde tiene que ubicarse ya que es donde se prevee el máximo crecimiento económico estatal. Dicho objetivo se alcanzará si la emigración se redirige hacia Marruecos. En esta misma línea se posicionan las aportaciones de Murga. Él enfatiza la necesidad de cambiar la dinámica de emigración existente en el litoral magrebí de influencia francesa a través de ofertar facilidades a los colonos españoles para que se asenten en el área marroquí, y así, arrancando nuevas dinámicas territoriales puede cambiar la balanza económica de estos territorios a la vez que se promocionaría una propuesta «nacional» de enaltecimiento de la patria española. Leemos:

«Todos los años salen de las Baleares y las Provincias del litoral mediterráneo un contingente que emigra y **va á establecerse en las posesiones francesas de la Argelia**; sobre todo en la provincia de Oran. [...] Facilítase en el litoral marroquí la adquisición de terrenos en propiedad ó bajo largo arriendo; hállase medio de que, por estupidez ó suspicacia, no opongan los Moros dificultades á las industrias que se quieren venir á establecer; **y la emigración española completamente perdida para España, y que hoy enriquece una Colonia francesa, se dirigirá toda ella á Berberia y, á la par que aumente la riqueza de aquel país, aumentará la preponderancia de su patria**» (Murga, 1994 [1895]: 78-79).

Aunque el tema de la emigración es el elemento clave en la formulación y justificación del discurso intervencionista, aparecen también otras consideraciones destacables para argumentar la necesidad de la presencia española en las costas magrebina. Jara, por ejemplo, se explica del siguiente modo:

«Para los españoles, sucesores de los portugueses en la posesión de Ceuta, **es empeño de honra y vida sentir tal celo y proseguir tal conquista**, ya que, como dice Reclús, al incorporar Diocleciano la Mauritania Tingitana á la península Ibérica, llevando al Atlas los límites de ésta, **no hizo sino poner de acuerdo la Geografía natural y la política**» (Jara, 1903: 123).

«país tan parecido al nuestro por su estructura, por su flora, por su fauna y hasta por su población, que no habremos dado cima y remate feliz á la grande obra de **nuestra unidad nacional, en tanto que si anexión no consigamos**. ¿Cómo lograrla? Difundiendo y derramando nuestra cultura, dilatando y extendiendo nuestro comercio, que los maestros y viajeros son los generales y los misioneros del siglo XX» (Jara, 1903: 282-283).

Entran en juego otros elementos en el entramado ideológico colonialista. Jara retoma el heredado ideario de cruzada de Isabel la Católica y del Cardenal Cisneros a la vez que lo vincula con interpretaciones geográficas tendenciosas con el objetivo de justificar al puro estilo «canovista», una nueva concepción de unidad nacional. Además, resalta también la proximidad geográfica y el parecido territorial para formular un intervencionismo español que necesita la anexión de los territorios marroquíes para recuperar o conseguir la supuesta unidad nacional y territorial.

Unos años más tarde y bajo la figura colonial de Protectorado, el estudiante Montero al relatar sus experiencias viajeras también deja constancia de sus objetivos e idearios en relación al colonialismo marroquí como una necesidad nacional. Escribe:

«Y sobre todo, encender en su espíritu deseo vehemente de visitar el Imperio Marroquí e **interés por la acción de España en el Mogreb**. En una palabra, cooperar en la escasa medida de mis fuerzas, a la grandiosa obra, que hoy realiza nuestra Patria, **conquistando aquel territorio salvaje, para plantar en él el árbol puro de una civilización cristiana, poniendo, al mismo tiempo, un dique**

infranqueable a la emigración horrible que nos está desangrando»
(Montero, 1913: 9).

Reclama, pues, más interés social en la «cuestión marroquí» así como en la acción patriótica que España realiza en Marruecos. En su presentación añade también que la práctica colonial española se caracteriza por ser la conquista de un «territorio salvaje» donde hace falta plantar las semillas de una civilización cristiana y donde hay que trasvasar el flujo migratorio. Asimismo y más avanzados en la narración, incluye las razones que el considera básicas para que España Marruecos. Discierne así:

«Pero por cima de los derechos más o menos reales o ficticios de todas las naciones, **se alzan los seculares y sacratísimos de España.** Marruecos está sumido en un atraso lamentable: la autoridad del Sultán, es, muchas veces, nominal; los indígenas se pelean unos con otros; ahora bien, si esto sucede en el Moghreb; si, por otra parte, todo pueblo tiene derecho al progreso y a la civilización, si Marruecos no cuenta con los medios suficientes para gobernar a sus habitantes y dirigirles por la senda del verdadero progreso, habrá que admitir como justa y como lícita la intervención de otro pueblo que plante en el Moghreb la verdadera civilización. **Y ¿qué nación de las antes dichas, cuenta con más títulos que España? ¿Qué pueblo es el más llamado que el hispano? ¿No somos los españoles los que gozamos de complexión física y de carácter moral más parecidos a la complexión y carácter de los marroquíes? ¿No fue nuestra Patria la que convivió con los musulmanes ocho siglos, estudiando y conociendo su espíritu y sus tendencias, y sacando gran partido de aquella gloriosa epopeya de la Reconquista, en la que cambiamos con los moros la ciencia, las artes y las letras? ¿No es España la nación que, por su posición y proximidad al Imperio del Moghreb, está clamando nuestro deber y derecho para con el marroquí? ¿No fué la nuestra Patria la civilizadora de todo un Nuevo Mundo? Y sobre todo, ¿no es ella la que no ha cesado en su empeño y deseo de penetrar en Marruecos desde hace muchos años?** (Montero, 1913: 142-143).

Montero manifiesta que España tiene «el derecho y el deber» de colonizar Marruecos para poder liberarlo del retraso en el que está sometido. Recrea un discurso altamente intervencionista que se sirve de una relectura sesgada y ambiciosa del pasado. Así, utiliza la proximidad geográfica, el legado compartido y el pasado colonizador

de España para «hermanar» las dos riberas del Mediterráneo y argumentar su «necesaria» intervención. En consecuencia, termina con la formulación de un discurso que concibe la intervención como un ejercicio patriótico que supuestamente tiene que aportar riqueza al país. En esta misma línea se encuentran las aportaciones de Prats. Leemos:

«Quién no advierte en esto una **fuerza de riqueza para España**, un medio de penetración pacífica, un centro de atracción para el obrero? [...] **Al gobierno toca, pues, encauzar hacia esta parte la emigración, e impedir que nuestros compatriotas marchen a tierras extrañas** [...]. A ello convida la **proximidad entre España y Marruecos**, cuyos puertos más próximos no distan siquiera tres horas de navegación. [...] **Nada digamos de la adaptación al medio ambiente**; porque si bien es cierto que en el centro y Norte de nuestra península es la temperatura bastante más baja que en el Norte de Marruecos, no lo es menos que los sevillanos, malagueños, almerienses, gaditanos, alicantinos y valencianos han de vivir en Marruecos como en terreno propio, supuesto que aquel clima y aquellas tierras son tan parecidos a los suyos. **¿Quiere el gobierno que su acción sea eficaz? Fomente la colonización**; favorezca la industria; envíe a Marruecos personas decididas e inteligentes, que den vida y acrecienten las explotaciones agrícolas, comerciales y mineras; **porque el progreso de dichas explotaciones y el desarrollo de las industrias acrecentará la emigración de obreros españoles; y al cabo del tiempo, insensiblemente, la población en la zona de nuestra influencia se habrá convertido en española**» (Prats, 1915: 189-90).

Con la presentación de algunas de las citas de todo el vasto conjunto de narrativas que hacen referencia a la necesidad «nacional» de colonizar Marruecos, vemos que en el entramado justificativo aparecen los elementos básicos que conforman y caracterizan el africanismo marroquí a la vez que se utilizan discursos perniciosos con contribuciones y miradas geográficas demagógicas.

3.3. Marruecos colonial o el problema marroquí

Si bien el establecimiento formal de las áreas de influencia europeas en Marruecos data de 1912, la presencia colonial real se remonta al período de la internacionalización de la «cuestión marroquí» (1880). Aunque en este período el Sultanado se mantiene en un teórico statu quo, existe paralelamente una competencia intraeuropea para mantener

o ampliar sus respectivos intereses coloniales. De ese modo, empiezan a formularse opiniones y discursos comparativos que se sobreponen en el eje temporal y que compaginan la práctica colonial española en Marruecos con el designio del llamado «problema marroquí».

En este sentido, Muro, por ejemplo, a raíz de un comentario que le hace la asistente del hotel en Tánger, añade:

«Me ha dicho la camarera que arregla mi cuarto que *aquí haber mucha gente en embajada España y ser viejo embajador*. Esto último, aunque no expresado así, ya lo sabía yo, porque creo que conozco de antiguo y de reputación al dignísimo ministro español, sobretodo por su buena carrera de oficinista consumado. [...] **El que nos represente aquí, necesita además de un buen bagaje diplomático, un conocimiento perfecto del francés y del inglés [...] es menester que entienda el árabe y que lo chapurree** [...] y por encima de todo esto, el ministro español, por su edad, que no ha de ser madura, y por su naturaleza robusta, tiene precisión de andar, de correr, de viajar á pie y á caballo, embarcarse, de acampar, de alternar con tirios y troyanos y de desplegar una actividad incesante y provechosa para España. *Sine qua non*. **Porqué entonces la representación de España en Tánger se convierte en una de esas muchas oficinas que tenemos en los grandes centros administrativos, para que descansen y cobren nuestros amigos haciendo tiempo, que es el capital de los españoles**. El que crea que me iba ya metiendo en honduras, se equivoca, lo que he dicho no ha sido más que arañar la superficie de la cosa» (Muro, 1891: 55-56).

Vemos como aparece ya una primera crítica respecto a la falta de competitividad de los representantes españoles en Marruecos al compararlos con los de las otras potencias europeas instaladas en Tánger. Ángel Muro acusa al representante español de ser un «oficinista consumado» y añade cual tendría que ser el perfil de un representante bueno. Para él, tendría que ser alguien que no fuera un simple burocrático que se dedica a perder el tiempo y el dinero de todos los contribuyentes.

Al prestar atención a las formulaciones que se proponen para acercar la civilización en el país vecino se nos aparecen de nuevo diferentes aproximaciones. Por un lado, tenemos los idearios de colonización que defienden modalidades de penetración pacífica que eluden los postulados católicos. Jara, por ejemplo, aposta por:

«Este es el único medio digno de la decantada civilización de nuestra época de dilatar la influencia de España en Marruecos. **Enfundemos las espadas y abramos los brazos. Dejemos también la cruz en casa.** La presencia de los misioneros en Marruecos es perjudicial al logro de nuestras legítimas aspiraciones, siendo la religión el único sentimiento vivo de aquel pueblo» (Jara, 1903: 116-117).

Pero también tenemos fervientes representantes de la utilización de la cruz y la espada, como lo ilustran las aportaciones de Montero:

«He de decir, en honor a nuestro Ejército, que a éste es debida la carretera de Ceuta a Tetuán, así como los puentes construidos sobre varios ríos y arroyuelos. Ya cerca del lugar donde me dirigía, encontré el campamento español, y vi como trabajaban con ahinco, chorreando sudor por sus tostadas frentes, varios soldados, que arreglaban los desperfectos del camino. **Este es, a mi juicio, el medio único de penetrar en Marruecos: la vía pacífica y la introducción de ventajas y adelantos, que redunden en beneficio a los moros**» (Montero, 1913: 19).

«Y ellos sobretodo, realizan por calles y plazas una propaganda meritoria en pro de la Religión y de la Patria (...) Y no sólo han conseguido los Padres Franciscanos, respeto al sacerdote; **ellos han sido los que han ido poco a poco arrancando el fanatismo del corazón de los moros, y abriendo de esta manera el paso a los europeos**; bien lo reconoce Francia, nación divorciada oficialmente de la Iglesia y que desea a toda costa que las misiones en la zona de su acción estén desempeñadas por misioneros franceses; (...) es por ver en el franciscano un gran elemento político; un civilizador de Marruecos; un excelente patriota» (Montero, 1913: 36-38).

Zulueta, en relación a la eficacia de la colonización, defiende una dominación pacífica, menos militar, más cívica, de tipo económica y agrícola —mediante las «mías»¹⁰—. Así, para colonizar de modo eficaz, hace falta seguir un proceso ordenado que debe incluir una reestructuración espacial y la creación de infraestructuras. Además,

¹⁰ Para Zulueta, «la mía es una compañía de cien hombres reclutados entre los indígenas. El capitán (militar) ha de ser un hombre de un valor personal a toda prueba porque manda a los hombres que ayer dispararon contra él, comercia con las cabilas que le aborrecían y es respetado, obedecido y aun amado» (Zulueta, 1916: 29). En este sentido, Zulueta también afirma: «en sus manos deposita España, el porvenir de Marruecos».

considera de gran importancia la reformulación de la política estatal respecto Marruecos, la cual él critica muy duramente. Asevera:

«En Marruecos como en la Península, **el Estado ha servido de estorbo** [...] los ejércitos avanzaron incendiando las mieses y destruyendo aduares. ¿A esto se llama acción civilizadora de Europa en África? **La acción civil, de verdad, ha de consistir, por lo contrario, en estimular e intensificar los cultivos y establecer vías de comunicación** [...] la obra civilizadora no estriba en que la bandera española ondee en los picos ocupados por nuestras tropas, sometiendo a los moros por fuerza, sino en asociar a los moros en los trabajos de explotación de los elementos de riqueza que allí existen» (Zulueta, 1916: 55).

«**Confiar en los militares hoy es impopular** [...] ¿Queréis matar al militarismo? **Convertid los militares en labradores.** [...] **Los militares convertidos en colonos, serían un poderoso elemento de civilización, en el sentido completo de la palabra**» (Zulueta, 1916: 93).

El viajero, así, incluye unos comentarios y formula unas propuestas que a parte de ser revolucionarias en el contexto de producción se convierten en una crítica desafortunada a los gobernantes y a los militares.

En una línea parecida se ubican las aportaciones de Juarros. Su relato es una reflexión en voz alta de cómo ve la ejecución colonial española en Marruecos. El discurso de este médico versa alrededor de cuatro elementos clave que caracterizan la intervención española: una práctica colonial condicionada por tratados internacionales y no por un poder fáctico real, una misión civilizadora deficiente, un gran desconocimiento geográfico de la zona de influencia y una excesiva presencia militar. Lo relaciona de la manera siguiente:

«El **germen civilizador**, la acción infiltrante de los elementos peninsulares, **ha sido poco menos que nula**. La españolización de Tetuán es un generoso intento quistado, sin raíces. [...] Construimos casas de varios pisos con prestancia europea, tendemos railes, creamos calles, edificamos mercados limpios y modernos, instalamos cines, cervecerías, comercios; **pero el alma de Tetuán no tuvo aún para los españoles la menor sonrisa, la más pequeña concesión**» (Juarros, 1922: 60-61).

«No hemos pacificado nuestra Zona y hemos roto la paz del campo [...] pues, sencillamente, **porque en España no se conoce bien la psicología moruna; se procede como si se estuviese frente a españoles rebeldes.** Así, prescindiendo del alma del país, no hay solución posible, no en el sentido de la colonización ni de la pacificación» (Juarros, 1922: 151- 153).

«Con lo cual resulta que **para cumplir bien sus deberes internacionales,** se verá obligada España a realizar una acción simultánea e intensísima dentro de sus fronteras, **un esfuerzo civilizador centrípeto y centrífugo a la par**» (Juarros, 1922: 142).

En la construcción discursiva del Marruecos colonial aparece un discurso doble. Por un lado las narrativas incluyen las formulaciones personales sobre cómo y de qué manera tendría que realizarse la penetración colonial. Por el otro, con más conocimiento de causa, las narrativas también dejan constancia de la construcción discursos más críticos que empiezan a concebir la acción colonial española en Marruecos como un «problema».

3.4. De la euforia a la tragedia

La colonización de Marruecos no fue cosa fácil y menos en el área de influencia española. La resistencia local, el poco entendimiento y cooperación entre las potencias protectoras y los errores políticos y de gestión del gobierno español, encauzaron Marruecos hacia un eterno enfrentamiento bélico que difuminaba todas esperanzas de una penetración pacífica creadas tiempo atrás. De ese modo aparecen críticas –más drásticas a partir de 1921- con la colonización y especialmente contrarias a la gestión y ejecución desarrollada por los representantes políticos y militares españoles. Así, por ejemplo, Martínez Ferrando comenta:

«En distintas ocasiones, caminamos junto a una línea férrea estrecha, o la cruzamos; es el ferrocarril estratégico que **lleva soldados** a las zonas mal dominadas; **los rieles se pierden a lo lejos, o desaparecen tras una ondulación, camino de las comarcas trágicas**» (Martínez Ferrando, 1929: 53).

«**El progreso material y la fiebre del dinero,** con sus crímenes encubiertos, y sus guerras, **no ofrecen gran superioridad sobre lo que había en el país.** Malo era esto de decapitar a un hombre y colgar

su cabeza de un torreón, pero no es mejor, ni más humano, el hacer explotar una mina, que envía por el aire cien hombres como tristes peleles. **Sólo el cultivo de los espíritus y la bondad de las almas, pueden enorgullecer una civilización**» (Martínez Ferrando, 1929: 173).

El autor habla en primer lugar de un paisaje beligerante, de unos trenes llenos de militares y de la existencia de unas comarcas que el directamente tilda de trágicas. Se refiere claramente a la zona rifeña. Además, su narrativa destapa la cara oculta de la realidad colonial poniendo en tela de juicio si lo que realmente existe o se ha creado es algo «superior» o «mejor» de lo que existía antes de la colonización europea de Marruecos.

Inmediatamente después del trágico 1921, Juarros reflexiona sobre la inutilidad de la sobredimensión militar realizada en la zona del Rif y apunta:

«Piénsase por la gran mayoría de los españoles, que en cuanto la nuestra zona de Marruecos se halle pacificada, habrá terminado el problema. Sin embargo, entonces será cuando comience la fase difícil, compleja y peligrosa. El aspecto militar es el más sencillo... pero ¿y después? Luego ya no se podrá buscar apoyo en el heroísmo, ni en la decisión de los aviadores, ni en la eficacia de la artillería, y pasado el enardecimiento bélico, Europa empezará el examen frío, detallado, de nuestra aptitud para reeducar pueblos, para civilizar; **el crédito y el prestigio de la nación española correrán grave riesgo**» (Juarros, 1922: 131-132).

«Me veo en el deber de afirmar que, dado el estado actual de nuestra patria, **constituye grave error todo intento de civilizar el Norte de Marruecos y esto es así, porque nosotros somos todavía un pueblo por civilizar**» (Juarros, 1922: 297).

Si bien Martínez Ferrando con un tono pesimista recalca la inutilidad de la expansión de la «civilización europea» en los territorios africanos valorándolo de forma negativa, Juarros lo concreta desde el prisma español como una desventura, considerando la colonización española en Marruecos como una quimera errónea, ya que el mismo país que debe «civilizar» es, según el autor, un pueblo «todavía» por civilizar.

Tirant, que se desplaza a Marruecos después del período de pacificación y cuando teóricamente la acción colonial española es más eficaz y productiva consecuencia de los cambios aplicados por Primo de Rivera, anota en su diario:

«En els cultius, en les construccions, en l'organització de les indústries, en els aprofitaments de es riqueses naturals de tots els ordres, **l'Estat no hi és, ni d'una manera activa ni d'una manera simplement tutelar: tot el poc que s'ha fet és degut a la iniciativa privada, poc eficaç, i sobretot, anàrquica**» (Tirant: 1934: 25).

El viajero, desplazándose por el territorio de influencia española, observa una falta de intervención estatal en todos los sectores relacionadas con la producción de riqueza económica. Asimismo, también cree nula la colonización del territorio por parte de la iniciativa privada. Dichos comentario hay que concebirlos como una crítica a la «invisibilidad» gubernamental así como una manifestación de decepción en relación a las esperanzas puestas y el dinero invertido en el proceso de colonización de Marruecos. Todavía en Tánger, apunta:

«La ciutat amb la seva zona, **hauria d'ésser espanyola i podria ja ésser-ho**, si en el moment de la gran guerra haguéssim tingut governants amb una mica de visió de l'esdevenidor» (Tirant, 1934: 61).

Tánger y sus alrededores tuvieron un trato especial. En el diseño de las áreas de influencia se perfiló como «zona internacional» a voluntad de los intereses británicos. De ese modo, el autor vuelve a manifestar su desacuerdo ya que piensa que toda la zona tendría que haber quedado bajo influencia española. En relación a esta situación geopolítica presentada, la viajera Jiménez añade:

«Dejamos Tánger la cosmopolita, que por imperativo del equilibrio internacional, nos asignaron las potencias para que otras más poderosas no se beneficiaran con esta zona, en la que, aunque nominalmente, **dominamos por igual proporción a los franceses; sin embargo, nada más lejos de la verdad, pues allí la que rige y manda, efectivamente, es Francia**, que, como un pólipo, va extendiendo sus tentáculos y absorbiendo todos los servicios importantes y tomándose atribuciones indebidas: un día son las Aduanas; otro, la Policía; mañana ¡quién sabe!. Y mientras todos los altos cargos y nombramientos están en manos de franceses; **los españoles [...] se ven vejados continuamente, pospuestos en todo**

y heridos en su orgullo de hombres y de españoles» (Jiménez de Noguera, 1933: 18-19).

Jiménez no señala tanto el hecho de que el territorio tendría que ser español sino que destaca que sea Francia la que más presencia tiene, entendiéndolo como una ofensa al orgullo patrio. Sutilmente también manifiesta su desacuerdo con la «superioridad» francesa respecto a la colonización fáctica de Marruecos.

4. Conclusiones

La práctica del viaje en el contexto imperial vincula las geografías recorridas con los imaginarios coloniales incrustados en ellas. Así, si el viaje hay que concebirlo como una práctica geográfica real, los relatos que los cuentan hay que considerarlos como una fuente documental de primer orden que entrelaza geografía y geopolítica. En el caso que aquí se ha analizado es importante tener en consideración el viaje y su narrativa como un proceso de construcción y creación geográfica de pátina colonial(ista).

Cabe puntualizar que las aportaciones varían en función de la tipología de persona que se desplaza, del viaje realizado, de las características de la narración y del período concreto en que viaja. Asimismo, las concepciones relacionadas con el imperialismo europeo y el colonialismo en África cambian, y mucho, entre el principio y el final del período de estudio. Así, contrariamente a otras observaciones y opiniones que se mantienen estables a lo largo de los años, creando unas geografías imaginarias estables, las opiniones y posicionamientos que hacen referencia a la realidad colonial irán cambiando de forma proporcional a la intensidad de cambio del proceso colonial.

Al mismo tiempo, el discurso orientalista español «es una notable excepción» (Said, 2003) en el contexto del modelo general europeo. Éste será de pátina marroquí y matizado por las mutuas influencias entre los dos lados del Estrecho y su pasado compartido. Así, «en este cúmulo de paradojas suscitadas por el carácter rizomático del orientalismo deberán tenerse presentes los juegos de espejos en los que la posición autóctona es crucial» (González Alcantud, 2006: 12).

Hemos visto, pues, como las narrativas viajeras plasman fielmente la evolución del proceso colonial en Marruecos y como esta evolución

pasa por diferentes estadios. Así, se elucida con detalle cronológico, geográfico y geopolítico el proceso colonial que se inicia con el incipiente desplazamiento de exploración de lo desconocido y termina convirtiéndose en una «obsesión» y un «problema» para España. Con este conjunto de aportaciones se ilustra que el viaje y su posterior narración son fuente de conocimiento geográfico y geopolítico. Además, las aportaciones literarias referentes a Marruecos dejan constancia del proceso colonial tanto desde una perspectiva del lugar visitado como la del lugar de origen. De ese modo, se puede afirmar que la recuperación y análisis de la literatura de viajes ofrece a la disciplina geográfica, una nueva y diferente vía de conocimiento.

Referencias bibliográficas

- Adams, P. G. (1983), *Travel Literature and the Evolution of the Novel*, Kentucky, The University Press of Kentucky.
- Albet, A.; Cerarols, R. (2008), «De viatge pel Marroc: entre el debat colonial i la mirada estereotipada», en: García Ramon, M.D; Nogué, J.; Zusman, P. (eds) (2008), *una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*, Lleida, Pagès Editors y IEC.
- Almarcegui, P. (2007), *Alí Bey y los viajeros europeos a Oriente*, Barcelona, Bellaterra Edicions.
- Amor, F. (1859), *Recuerdos de un viaje a Marruecos*, Sevilla, Imp. La Andalucía.
- Bachelard, G. (1965), *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Benítez, C. (1899), *Mi viaje por el interior del África*, Tánger, Imprenta Hispano-árabiga de la Misión Católico-española.
- Bertrana, A (1936), *El Marroc sensual i fanàtic*. Barcelona, Edicions Mediterrània.
- Bhabba, M. (1994), *The Location of Culture*, London y New York, Routledge.
- Blake, S. (1992), «A woman's trek. What difference does gender make?», en: Chauduri, N.; Strobel, M. (eds). *Western Women and Imperialism: complicity and resistance*, Bloomington, Indiana University Press.
- Blunt, A.; Rose, G (eds) (1994), *Writing women and space: colonial and potcolonial geographies*, New York, Guildford Press.

- Blunt, A; Wills, J. (2000), «Decolonising Geography: Postcolonial Perspectives». En: Blunt, A; Wills, J. (2000), *Dissident Geographies. An Introduction to Radical Ideas and Practice*, London, Longman.
- Boada, J. (1999), *Allende el Estrecho: viajes por Marruecos (1889-1894)*, Melilla, Consejería de Cultura, Educación, Juventud, Deporte y Turismo y Ceuta: Consejería de Cultura. [Edición facsímil con introducción de Vicente Moga Romero].
- Cabrera, A. (1924), *Magreb-el-Aksa. Recuerdo de cuatro viajes por Yebala y por el Rif*, Madrid, Editorial Voluntad.
- Cerarols, R. (2008), *L'imaginari colonial espanyol del Marroc. Geografia, gènere i literatura de viatges (1859-1936)*, tesis doctoral inédita dirigida por la Dra. Maria Dolors García Ramon, Departamento de Geografía, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Chakrabarty, D. (1992), Postcoloniality and the artifice of history, *Representations*, 37. pp. 1-24.
- Clayton, D. (2003), «Critical Imperial and Colonial Geographies», en: Anderson, K.; Domosh, M.; Pile, S.; Thrift, N. (eds) (2003), *Handbook of Cultural Geography*, London, Sage Publications. pp.354-368.
- Collell, J. (1921), *Dels meus recorts Africans*, Vic, Tipografia Balmesiana.
- Conrad, J. (1976), *El corazón de las tinieblas*, Madrid, Alianza.
- Cook, I.; Harrison, M. (2003), Cross over food: re-materializing postcolonial geographies, *Transactions of the Institute of British Geographers*, 28, pp. 296-317.
- Driver, F. (1992), Geography's Empire: Histories of geographical knowledge. *Environment and Planning D: Society and Space*, 10: 23-40.
- (2001), *Geography Militant. Cultures of Exploration and Empire*, Oxford, Blackwell Publishers.
- Driver, F.; Matless, D.; Rose, G.; Barnett, C.; Livingstone, D.N. (1995), Geographical traditions: rethinking the history of geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*, 20, pp. 403-422.
- Duncan, J.; Gregory, D. (eds) (1999), *Writes of passages: reading travel writing*, London y New York, Routledge.
- Eguilaz, J. A. (1913), *Un viaje por Marruecos*. Jaén, Tipografía del Pueblo Católico.
- Fortunati, V.; Monticello, R.; Ascari, M. (eds) (2001), *Travel writing and the female imaginary*, Bologna, Patrón Editore.
- García Ramon, M.D. (2002), Viajeras europeas en el mundo árabe: un análisis desde la geografía feminista y postcolonial, *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 40, 2002, pp.105-130.

- (2003), Gender and the colonial encounter in the Arab world; examining women's experiences and narratives. *Environment and Planning D: Society and Space*, 2003, vol 21, pp.653-672.
- García Ramon, M.D; Nogué, J.; Riudor, Ll. (1998), Voices from Margins: gendered images of «Otherness» in colonial Morocco. *Gender, Place and Culture*, vol.5, num.3, pp. 229-240.
- García Ramon, M.D; Nogué, J.; Zusman, P. (eds) (2008), *Una mirada catalana a l'Àfrica. Viatgers i viatgeres dels segles XIX i XX (1859-1936)*, Lleida, Pagès Editors y IEC.
- García Romeral, C. (2004), *Diccionario de viajeros españoles. Desde la Edad Media a 1970*, Madrid, Ollero Ramos.
- Gavira, J (1949), *El viajero español por Marruecos, Don Joaquín Gatell (el «Kaid Ismail»)*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos y Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Gilmartin, M.; Berg, L. D (2007), Locating postcolonialism, *Area* (2007), 39.1, 120-124.
- Godlewska, A.; Smith, N. (eds) (1994), *Geography and Empire*, Oxford, Blackwell Publishers.
- González Alcantud, J.A. (2006), *El orientalismo desde el Sur*, Rubí, Anthropos Editorial y Junta de Andalucía.
- Gregory, D. (1994), *Geographical imaginations*, Oxford, Blackwell.
- (1995), «Between the book and the lamp: imaginative geographies of Egypt, 1849-50», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 20: 29-57.
- (1995), Imaginative geographies, *Progress in Human Geography*, 19,4. pp. 447-485.
- *The colonial Present*, Oxford, Routledge.
- Guelke, L. & Guelke, J.K. (2004), Imperial eyes on South Africa: reassessing travel narratives, *Journal of Historical Geography*, 30, pp. 11-31.
- Hannam, K.; Sheller, M.; Urry, J. (2006), Editorial: Mobilities, immobilities and moorings, *Mobilities*, 1 (2006), 1-2.
- Jacobs, J.M. (2003), «Introduction: After Empire?» En: Anderson, K.; Domosh, M.; Pile, S.; Thrift, N. (eds) (2003), *Handbook of Cultural Geography*, London, Sage Publications. pp.345-353.
- Jara, A. (1903), *De Madrid a Tetuán*, Madrid, Ricardo Fe.
- Jiménez De Noguera, M.C (1933), *Por tierras de Africa*, Valencia, Tip, La Gutenberg.
- Juarros Ortega, C. (1922), *La ciudad de los bellos ojos*, Tetuán y Madrid, Mundo Latino.
- Kearns, G. (1997), The imperial subject: geography and travel in the work of Mary Kingsley and Halford Mackinder, *Transactions of the Institute of British Geographers*, 22. pp. 450-472.

- King, A. D (2003), «Cultures and Spaces of Postcolonial Knowledges» En: Anderon, Kay; Domosh, Mona; Pile, Steve; Thrift, Nigel (eds) (2003), *Handbook of Cultural Geography*, London, Thousand Oaks, New Delhi: Sage.
- Litvak, L. (1984), *Geografías mágicas. Viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Barcelona, Laertes.
- Livingstone, D. (1993), *The Geographical Tradition: episodes in the history of a contested Enterprise*, Oxford, Blackwell.
- Marín, M. (1996), «Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos (1860-1912)», *Hispania*, LVI/I, núm 192 (1996), pp. 93-114.
- (2002), «Mujeres, burros y cargas de leña: imágenes de la opresión en la literatura española de viajes sobre Marruecos», A: Rodríguez Mediano, F. & De Felipe, H (2002), *El protectorado español en Marruecos. Gestión colonial e identidades*, Madrid, CSIC.
- Martín Corrales, E. (ed) (2002), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912), De la guerra de África a la «penetración pacífica»*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Martínez Ferrando, D. (1929), *Ciudades marroquíes a través del Mogreb*, Barcelona, Cervantes.
- Mcclintock, A. (1995), *Imperial Leather: race, gender and sexuality in the colonial contest*, New York, Routledge.
- Mcewan, C. (2000), *Gender, Geography and Empire: Victorian women travellers in West Africa*, Aldershot, Ashgate.
- (2003), Material Geographies and Postcolonialism. *Singapore Journal of Tropical Geography*, 24 (3), 340-355.
- Melman, B. (1992), *Women's Orients. English Women and the Middle East, 1718-1918*, London, Macmillan.
- Mills, S. (1996), Gender and Colonial Space. *Gender, Place and Culture*, vol.3, num, 2. pp.125-147.
- Montero, E. (1913), *Marruecos. El pueblo moro y judío. Tipos. Paisajes. Usos. Costumbres. Instituciones religiosas y jurídicas. La acción de España en el Magreb*, Salamanca, Tipografía popular de P. de San Isidro de Salamanca en 1913.
- Morales Lezcano, V. (1988), *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- (2004), «Pedro Antonio de Alarcón en el torbellino de la Guerra de África», en: González Alcantud, J.A (ed) (2004), *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África*, Rubí, Anthropos Editorial.
- (2006), *Historia de Marruecos. De los orígenes tribales y las poblaciones nómadas a la independencia y la monarquía actual*, Madrid, La Esfera de los Libros.

- Muga, J. M. (1868), *Recuerdos marroquíes del moro Vizcaíno*, Bilbao, Imp. Miguel Larumbe.
- Muro Goiri, A. (1891), *Ocho días en Tánger: impresiones de un viaje agradable y corto de cuatro buenos amigos, sin equipaje*, Madrid, Tip de los Huérfanos.
- Nogué, J.; Villanova, J.L (eds) (1999), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Ed. Milenio. pp.145-158.
- Nucera, D. (2002), «Los viajes y la literatura», en: Gnisci, A. (ed) (2002). *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Crítica.
- Pannikar, K.M. (1959), *Asia and Western Dominance*, London, George Allen & Unwin.
- Paradela, N. (2005), *El otro laberinto. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*, Madrid, Siglo XXI.
- Pareja Serrada, A. (1908), *Tres meses en Marruecos. Memorias de un viaje a las misiones de África*, Madrid, Imp. de Espinosa y Lamas. [utiliza el pseudónimo Abou.Djebel].
- Phillips, R. (1997), *Mapping Men and Empire. A Geography of Adventure*, London y New York, Routledge.
- Pimentel, J. (2003), *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, Marcial Pons.
- Pimentel, J.; Lucena Giraldo, M. (2006), *Diez estudios sobre literatura de Viajes*, Madrid, CSIC.
- Prats Escudero, S. (1915), *Por Andalucía y Marruecos: panoramas, monumentos, tipos, costumbres, tradiciones y rarezas de estos dos pueblos*, Salamanca, Calatrava.
- Pratt, M.L (1992), *Imperial Eyes. Travel Writing nad Transculturation*, London y New York, Routledge.
- Sáenz-Alonso, M. (1947), *Del molino al minarete: viajes por Holanda y Marruecos*, Madrid, Afrodisio Aguado.
- Said, E. (1978), *Orientalism*, New York, Vintage.
- (1993), *Culture and Imperialism*, New York y London, Vintage.
- (2003), *Orientalismo*, Barcelona, De Bolsillo.
- San Martín, A.(1870), *La ciudad del sueño: viajes al interior de Marruecos*, Madrid, Urbano Manini.
- Sardar, Z. (2004), *Extraño Oriente: Historia de un prejuicio*, Barcelona, Gedisa.
- Spurr, D. (1993), *The Rhetoric of empire: colonial discourse in journalism, travel writing and imperial administration*, Durham, Duke University Press.
- Tirant, I. (1934), *Del Tibidabo a l'Atlas i tornada. Impressions d'un viatge al Marroc*, Barcelona, Editorial Eugenio Subirana.

- Turri, E. (1984), «Del viaggiare: tra spazi rituali e spazi turistici», *Erodoto*, 7/9. pp. 50-75
- Vega, M.J (2003), *Imperios de papel. Introducción a la crítica postcolonial*. Barcelona, Crítica.
- Villanova, J.L (2004), *El protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Young, R. (2001), *Postcolonialism: An Introduction*, London, Blackwell.
- Zulueta Y Gomis, J. (1916), *Impresiones del Rif*, Barcelona, Talleres Gráficos de José Sabadell y C°.
- Zusman, P.; Lois, C.; Castro, H. (eds) (2007), *Viajes y geografías. Exploraciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares*, Buenos Aires, Prometeo.